

25 de diciembre de 2021 - Misa de medianoche

Is 9:1-6; Tito 2:11-14; Lucas 2:1-14

Homilía

Queridos hermanos y hermanas,

El problema de los "migrantes indocumentados" no es nuevo. Ya existía en el momento del nacimiento de Jesús. Los Judíos, bajo la ocupación romana, eran refugiados en su propio país - como hay millones de ellos hoy en día. Así que, para responder al capricho del ocupante, María y José, como tantos otros, tuvieron que ponerse en orden.

Es precisamente con una breve mención de este evento que el evangelista Lucas abre el grandioso capítulo 2 de su Evangelio, en el que anuncia todos los grandes temas de este Evangelio. No se trata, en este texto, de un simple relato del nacimiento de Jesús. De hecho, Lucas no deja hablar a ninguno de los personajes de su historia excepto a los ángeles. Esta es una declaración doctrinal. Y Lucas, que es un excelente escritor, escoge con gran cuidado cada una de las palabras que él mismo usa en esta historia.

Primero, Lucas lleva a María y José a Belén, la ciudad de David. El nacimiento de Jesús no tiene lugar durante el viaje, sino una vez que llegan a Belén - "*mientras estaban allí*", dice el texto. Luego dice que "*El tiempo se cumplió y llegó el momento de que diera a luz*". Son los tiempos, en lo absoluto, los que se cumplen (y no sólo los nueve meses de gestación de María). Hemos llegado al final de los tiempos. Y luego dice que María dio a luz al "primogénito", el primogénito por excelencia, es decir, el primogénito del Padre eterno.

¿Y qué hace María? Inmediatamente nos da a su hijo, y nos lo da como alimento. De hecho, en las palabras que siguen, Lucas ya anuncia simbólicamente el misterio de la Eucaristía y la Pasión. María coloca a su hijo en un pesebre. Notemos que María y José ya están en la ciudad de Belén y que el texto del Evangelio no habla ni de un establo ni de una gruta, y menos aún de un buey o un asno. En el lenguaje simbólico de Lucas, al colocar a su hijo en un pesebre, María nos lo ofrece como alimento, no sin haberlo envuelto en tiras, como se hace para el entierro - lo que ya anuncia la pasión. Porque aún no había espacio en el "cuarto de arriba", es decir, su "hora" aún no había llegado. De hecho, la palabra griega utilizada aquí (traducida como "posada") es una palabra que se usa dos veces en el Nuevo

Testamento: aquí y en el relato de la Última Cena, donde se refiere a la habitación superior donde se come la última comida.

Sin ir más lejos en la exégesis de este pasaje del Evangelio de Lucas, ya podemos ver que no es simplemente un relato un tanto romántico del nacimiento de un bebé en una cueva en medio de la noche. Más bien, encontramos aquí una reflexión teológica muy profunda sobre el significado de este nacimiento. Entonces se entiende por qué Lucas llama a los ángeles (que, una vez más, son los únicos que hablan en toda esta historia) para decir a los pastores que cuidan sus rebaños: "Os traigo buenas noticias, que serán una gran alegría para todo el pueblo.... Hoy... os ha nacido un Salvador". ¿Y cuál es la señal de que la salvación ha llegado? "Encontrará a un recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre". Y la historia termina con la canción de un coro celestial: "Gloria a Dios en el cielo más alto y paz en la tierra a la gente que ama".

San Lucas escribe en griego. Para hablar de "paz", utiliza la palabra *eirenè*, que significa ausencia de violencia, de guerra. Pero los ángeles ciertamente cantaban en el lenguaje de los pastores (!) y ciertamente usaban la palabra *shalom*, que es mucho más significativa. *Shalom* significa el bienestar de los seres humanos entre sí, un bienestar basado en la justicia y la verdad, que se expresa en la hermandad y genera alegría. No tiene nada que ver con la pax romana, esa tranquilidad resignada que produce imperios.

Esta paz anunciada por los ángeles es la de la que ya hablaba el profeta Isaías en un evocador lenguaje poético que escuchamos como primera lectura: "*nos ha nacido un niño, se nos ha dado un hijo*"; luego "*el pueblo que andaba en tinieblas vio surgir una gran luz y sobre los habitantes del país de las tinieblas brilló una luz*".

Y San Pablo, como pensador profundo, habla -en la segunda lectura- de la "manifestación de la gracia de Dios" -la gracia en el sentido de la belleza, la ternura, la misericordia, y que nos llama a vivir en el tiempo presente de manera "razonable", es decir, con justicia y misericordia.

Estas tres lecturas esbozan todo un programa de vida para nosotros. La Navidad no debería ser un momento de nostalgia que nos haga olvidar la realidad. La realidad es que, en nuestros días como en los tiempos de Jesús, pero probablemente en proporciones numéricas mucho mayores, hay muchos indocumentados, muchos refugiados en sus propios países. El número de niños refugiados es de decenas de millones. Muchos niños son asesinados por hordas de bárbaros en nombre de ideologías malvadas. Muchos son niños soldados a los que se les

enseña a matar a una edad en la que hay que aprender a vivir. Muchos son víctimas de las crisis económicas y de los programas de austeridad que se supone que deben abordarlas. Y, este año 2021, muchos son las víctimas de la pandemia de COVID-19. Y sin embargo... Y aún así, "*Os traigo una gran alegría para todo el pueblo*", dijo el ángel a los pastores. *Para toda la gente...* Depende de nosotros, de cada uno de nosotros, ver qué podemos hacer para que este proyecto se haga realidad, para que todos nuestros hermanos y hermanas de la humanidad se encuentren en su vida diaria con ese mensaje de paz y alegría.

Nuestros villancicos, con toda su poesía, y a veces su romanticismo, sólo serán útiles, nuestra contemplación del Niño en el pesebre sólo será verdadera, si el canto de los ángeles y la estrella de los pastores nos llevan a los elementos más frágiles y marginados de nuestra humanidad, y si reconocemos en ellos a Aquel cuyo nacimiento celebramos esta noche.

Armand Veilleux